



El amor no conoce límites

La historia de

LUZ

Hay historias tan hermosas,
que no pueden dejar de ser contadas.

F. G. GONZÁLEZ

Basada en hechos reales

La historia de Luz

Primeros capítulos

Por

Fernando Gamboa González.

© Fernando Gamboa González 2012
Correcciones y edición: Carmen Grau
Primera edición: Enero 2012
Primera edición revisada: Octubre 2012

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

www.gamboaescriptor.com
[Twitter](#) & [Facebook](#)
www.facebook.com/La historia de Luz

Prólogo del autor

Hay algunas historias, tan hermosas, que no pueden dejar de ser contadas.

Esta que tiene en sus manos, me la explicó una amiga colombiana mientras tomábamos tinto con almojábanas en un café de Cali, al sur de Colombia, y narra los increíbles episodios que, hace unos años, fueron protagonizados por una niña llamada Luz.

Recuerdo que lloré emocionado en aquel café, mientras escuchaba el relato en boca de mi amiga. Pero no lágrimas de tristeza, sino de esa felicidad mágica, milagrosa, que tan pocas veces se deja ver y que cuando nos pasa siquiera rozando con la punta de sus alas, nos encoge el alma y deseamos revivirla una y otra vez, intuyendo que solo así tiene sentido todo lo demás. Y fue precisamente la necesidad de recrear aquel breve y perfecto momento de felicidad lo que me llevó a escribir este libro.

Honestamente, no me puedo considerar el autor aunque mi nombre aparezca en la portada, pues es la protagonista quien con su vida ha hecho posible cada línea en esta obra. Yo me he limitado a narrarla de la única manera que concebía hacerlo: humildemente y con el corazón en la mano.

Así, mi única pretensión ha sido ser todo lo fiel posible a los acontecimientos, y tratar que esta historia resulte tan conmovedora e inolvidable para usted como lo ha sido para mí. Tomar aquel instante de felicidad y sembrarlo en cada página de este libro, con la esperanza de que florezca ante sus ojos.

Ojalá lo haya conseguido.

Fernando Gamboa González

Gracias a Catalina Ramirez Arias, por contarme esta historia.
Y gracias a Luz Elia Miranda Clementina, por vivirla.

CAPÍTULO 1

De puntillas sobre un balde rojo, Luz Elia Miranda Clementina, agarrada con ambas manitas al borde de la pila, apenas alcanzaba a ver algo levantando la nariz. Su madre, Segunda Clementina Cuero, frotaba cada pieza de ropa con la pastilla de jabón, luego la restregaba contra la ondulada superficie adelante y atrás tensando los músculos del antebrazo, y finalmente la hundía en el agua espumosa, para sacarla ágilmente con un gesto mil veces repetido y sacudirla enérgicamente frente a la cara de Luz, que reía estrepitosamente al verse salpicada por el agua tibia, y los copos de espuma blanca que pintaban en la piel negra de su rostro efímeras constelaciones.

Para Luz aquella era la hora mágica de la semana, en la que acompañaba a su madre a lavar la ropa a casa de la señora Telma Buenaventura, la única con pila para lavar y un depósito con agua en el pequeño pueblo de Tumaco. Esperaba cada jueves con impaciencia, de pie en el quicio de la modesta cabaña sobre palafitos que compartía con su mamá, el instante en que ella rodeaba el balde rojo con el brazo, con las contadas vestimentas de ambas en su interior, y se dirigía a lavarla en el patio de la vecina. Luz anhelaba ese momento desde el día anterior y, en secreto, se estiraba antes de salir, tratando de ganar unos centímetros de altura que le permitieran meter las manos en el agua enjabonada, y compartir aquella felicidad nacida de olor a limpio, agua y risas.

–Mami ¿te ayudo ya? –preguntaba en cada ocasión, levantando la vista.

–El próximo día, mi amor –contestaba la madre, pasándole la mano por el pelo ensortijado de pequeñas coletitas rematadas con cuentas de vivos colores–. El próximo día.

Empapada y feliz, Luz regresaba cada jueves precediendo a su madre dando saltitos, y canturreando canciones que había escuchado en la radio a pilas que don Ramón Nariño asomaba cada mañana a su ventana, regalándole a Tumaco cumbias y vallenatos que, como un brebaje prodigioso, amnesiaba a todos los habitantes de aquel villorrio del Pacífico colombiano, olvidándolos de sus penas.

Pero Luz era ajena a las penurias que la rodeaban. Para ella, Tumaco era un paraíso de playas doradas sombreadas de cocoteros, donde pasaba el día jugando con otros quince o veinte niños, a concursos con reglas inventadas sobre la marcha y competiciones imposibles, en las que la mayoría de las veces no sabía si debía perseguir, o evitar que la persiguieran. Jugaban a meter palitos en los agujeros donde se guarecían los cangrejos tratando de que, molestos, los engancharan con sus pinzas, o simplemente corriendo muertos de risa por la playa, espantando la marea de pequeños crustáceos rojos que invadían la arena y huían de la jovial acometida como una ola en retirada.

No tenía importancia para Luz que ella y su madre solo comieran carne una vez al mes, o que no descubriera la televisión hasta un día en que unos señores altos y rubios con camisa blanca y extraño acento reunieron a todo el pueblo delante de una caja y, como por ensalmo, ésta se iluminó, y en su interior unos personajes tan blancos como los recién llegados pero muy barbudos construyeron una barca enorme para muchos animales que no

había visto nunca; y luego otros anduvieron perdidos durante muchos, muchos años, por una playa sin agua, ni palmeras, ni cangrejos. No recordaba muy bien aquella historia, y nadie más de Tumaco debió hacerlo, pues aquellos señores rubios acabaron enfadándose con la gente por reírse en momentos que les decían que no podían hacerlo, y al poco se marcharon llevándose con ellos su caja. Aquel acontecimiento solo sirvió para que, con el tiempo, los niños interpretaran valiéndose de aquellos adustos personajes de largas túnicas, unos disparatados cuentos que hacían persignarse a más de una vecina de la aldea.

A Luz tampoco le molestaba en absoluto la lluvia que se colaba por la techumbre de palma y repiqueteaba en el suelo de tablones como un tamborilero loco; o que tuvieran solo una quejumbrosa cama, en la que se abrazaba a su madre cada noche como si fuera la última, ignorando el calor y los mosquitos. Ni siquiera la ocasión en que, ardiendo de fiebre y con el estómago hinchado un curandero murmuró en voz baja que tenía que tomar la infusión de cierta corteza o de lo contrario moriría, lamentó estar donde estaba y con quien estaba. En Tumaco, con su madre, Luz era feliz.

Entonces, en uno de tantos días de correrías, uno de los niños descubrió en la arena hinchado como un pez globo, un cadáver. Y aquel muerto sin pantalones y un tiro en la cara era el preludio que iba a cambiar la vida de Tumaco, de su madre y, por supuesto, la de Luz. Para siempre.

–Diría que está muerto –concluyó circunspecto don Ignacio Matusalén, un hombre tan viejo como su apellido enunciaba y que decía haber sido maestro de escuela en un impreciso pasado.

Un corrillo de vecinos de Tumaco rodeaba el difunto, manteniendo las distancias y asintiendo gravemente a las meditadas deducciones del maestro.

–Y parece que lo han matado... –murmuró con voz inquieta, dando un paso más para observar de cerca el enorme boquete que el finado exhibía en mitad de la frente.

–Lo que está claro, es que no es de por aquí –apuntó alguien con cierta guasa, subrayando que aquel muerto era de color blanco violáceo, mientras que en el pueblo no había nadie que bajara del café con leche.

–A lo mejor se ha suicidado –dijo otro.

–Difícil lo veo –alegó don Ignacio meneando la cabeza.

–¿Y qué hacemos con él? –preguntó una señora, haciéndose eco de lo que todos tenían en mente.

–Deberíamos llamar a las autoridades –musitó poco convencido el viejo.

–¿Qué autoridades? –inquirió la señora.

–No sé... a las autoridades.

Y ahí quedó todo. Al no existir en Tumaco ningún poder del estado, no se tomó ninguna decisión. El muerto quedó a merced de los cangrejos durante varios días, y una noche de tormenta en que el mar se embraveció, lo arrastró de vuelta tal como lo había traído al comprobar que nadie lo reclamaba.

De lo que nadie en Tumaco parecía haberse apercibido era que el muerto sin pantalones y agujero en la cabeza llevaba anudado al cuello un sucio pañuelo rojo.

Pasaron los días y la modorra ecuatorial volvió a adueñarse de Tumaco. Nadie se acordaba ya del misterioso cadáver, y si acaso quedó su recuerdo encarnado en un nuevo personaje de las invenciones infantiles, que de modo sorprendente, acabó incorporado a los reescritos periplos de Noé y Moisés.

Luz tan solo había visto el cadáver de lejos, incapaz de acercarse a aquel hombre del que le salían gusanos de las cuencas de los ojos. Aun así, el día en que vio desfilar por el pueblo a una docena de hombres armados, con pañuelos rojos atados al brazo izquierdo y gesto inquisitivo, supuso que eran amigos o enemigos del muerto, y que quizá lo andaban buscando.

El que andaba en cabeza de todos ellos se detuvo en lo más parecido que había a la plaza de Tumaco, y con voz autoritaria conminó a todo el mundo que lo oyera a reunirse a su alrededor.

Obviamente, nadie acudió.

Entonces, tomándose como una rutina ya repetida en otras ocasiones, se limitó a hacer un par de gestos a izquierda y derecha a sus hombres, y estos se dispersaron como cucarachas entre las casas de palafitos de mangle y palma.

A empujones y culatazos sacaron a todo el mundo de sus hogares y acabaron reuniendo a Tumaco en pleno, incluidos niños y ancianos, alrededor de aquel hombre con boina roja y cara de sapo que se comportaba como el dueño del mundo.

—Bien —dijo alzando la voz—, ahora que están todos, me presentaré. Soy el comandante Hugo Almeida de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, y hemos venido a salvarles.

Si el ceñudo comandante esperaba algún tipo de algarabía o si quiera un murmullo de aprobación, debió sentirse bastante decepcionado. Pero ignorando el escandaloso griterío de una familia de cotorras, o la animosa cumbia que desde la radio a pilas de don Ramón, se empeñaba en despojar de solemnidad al discurso, emprendió una perorata con reclamos de libertad, justicia, y contra un gobierno corrupto que, a la gente de Tumaco, les era tan próximo como el monte Olimpo y sus dioses arrendatarios. Aun así, todos escucharon con forzado y ajeno silencio hasta que, finalmente, el comandante dijo lo que en realidad había venido a decir.

—Pueblo de Tumaco —exhortó, alzando aún más la voz—. Hoy es el día en que por fin podrán luchar por su libertad y su patria. Hoy es el día en que se podrán unir a la revolución. ¡Colombianos, a las armas! —gritó exaltado, alzando el brazo en el que cargaba la ametralladora.

Los asistentes, a pesar de la inflamada arenga, no acababan de entender a qué había venido aquel hombre, y lo contemplaban con los ojos muy abiertos en atónita cautela. Alguno, sin embargo, cayó en la cuenta de que era colombiano, aunque de todo lo demás no alcanzara una palabra. El resto de tumaqueños murmuraban entre sí, preguntándose qué diantres estaba predicando aquel señor con boina.

El comandante Hugo Almeida miró en derredor, con una cólera mal contenida trepándole por la tráquea.

–¡Hideputas estos! ¿Es que no entienden o qué? –escupió al fin–. ¡Nosotros matándonos por todos ustedes, y aquí no hacen otra cosa que güevonear! ¡Pues eso se acabó!

Se volvió hacia un indio pequeño y nervudo al que la ropa de camuflaje le quedaba tres tallas grandes.

–¡Morales! –rugió–. Ahora mismo me recluta a diez voluntarios, y al que se resista se lo baja, ¿me oyó?

El aludido respondió con un torpe saludo militar y un *susórdenes* en la boca, empezó a dar órdenes al resto de la tropa y, mezclándose con la gente, que paralizada por la sorpresa y la incompreensión no llegaron ni a moverse del sitio, en un santiamén sacaron a empellones a diez jóvenes de trece a veinte años de entre la multitud, y los rodearon apuntándoles con las armas.

Fue entonces cuando las madres y los padres de aquellos muchachos al fin se dieron cuenta de que algo realmente malo estaba sucediendo, y así trataron de acercarse a sus hijos, reclamando cada vez más nerviosos por el cariz que iba tomando el asunto.

El comandante, que ya había bajado su arma, apuntó entonces con ella al gentío y advirtió que mataría al que se acercara un paso más.

Luz, escondida detrás de las piernas de su madre, observaba todo sin entender nada. Tan solo cuando vio que la partida de guerrilleros se adentraba en la selva, empujando a aquellos muchachos que hasta ese momento habían sido sus vecinos, a golpe de cañón y con las manos en la nuca, intuyó que aquello no era bueno y que, si las mamás lloraban como si les hubieran robado el alma mientras sus maridos se esforzaban vanamente por consolarlas, es que definitivamente, algo no iba como debía.

–Mami –preguntó con su voz aguda, tirándole del vestido–. ¿Qué pasa?

Pero no recibió respuesta. En cambio, Segunda la tomó en brazos en silencio, le dio un largo beso en la frente, y se encaminó despacio hacia la casa.

Esa misma tarde, Ignacio Matusalén llamó a su puerta.

Luz jugaba en el suelo con una suerte de muñeca que había fabricado ella misma, con brazos de ramas que había traído la marea y pelo trigueño de fibras de coco.

El señor Matusalén se sentó circunspecto a hablar con su madre en voz baja, y Luz no prestó más atención que la habitual en estos casos, hasta que oyó su nombre en boca del anciano y, al mirar hacia arriba, advirtió una sombra de preocupación nublando las pupilas de su madre.

–Es muy peligroso quedarse aquí –insistía el hombre–. Si han venido una vez, vendrán más. Y luego el ejército, y dirán que somos todos guerrilleros... créame, esto ya lo he vivido.

–Pero ¿a dónde podemos ir? No tenemos nada.

–Eso sí que no sé decírselo, querida. ¿No hay algún familiar que las pueda recibir?

–No... es decir, sí. Mi hermana vive en Barranquilla, pero es una devota de la virgen de puño... ya sabe. No querría hacerse cargo de nosotras, aunque seamos sangre de su sangre.

Ignacio Matusalén miró al suelo, donde Luz permanecía sentada sin quitarle ojo a su madre.

–¿Y... a ella sola? –murmuró, sugiriendo algo que no se atrevía a sugerir–. ¿Acogería su hermana a la pequeña Luz?

CAPÍTULO 2

–Feliz cumpleaños, mi princesa.

–¡Oh, Mami! ¡Gracias! –exclamó exultante, mientras alargaba las manitas hacia el vestido amarillo de volantes, con pequeñas flores rosadas y azules bordadas a mano–. ¡Es tan bonito!

–De nada, mi amor... Póntelo, a ver cómo te queda.

Sin que se lo tuvieran que repetir dos veces, se deshizo rápidamente de la raída camiseta que llevaba y dejó caer por la cabeza el pequeño vestido de tirantes que le alcanzaba hasta las rodillas.

–Qué linda estás...

–¿De verdad, mami?

Segunda la observaba con orgullo de los pies descalzos a la cabeza coronada de trencitas.

–Eres la niña más hermosa de todo el Pacífico.

Con la sonrisa de oreja a oreja y las manos en la cintura, giró sobre sí misma para hacer bailar al vestido y luego abrazó a su madre sin dejar de reírse. Entonces se le ocurrió algo y dio un paso atrás.

–Mami ¿puedo ir donde la señora Gertrudis a verme en su espejo?

–Claro, mi niña. Anda, corre y que vea lo preciosa que estás.

La señora Gertrudis era una anciana viuda de ojos tristes y fantasmas en el recuerdo, que adoraba a los niños, y en especial a Luz, a la que veía como a la nieta que sabía tenía pero nunca volvería a ver.

–¡Seño Gertrudis! ¡Seño Gertrudis!

La reclamada asomó a su puerta y abrió los brazos de par en par, sonriendo con la mirada al descubrir frente a su casa una niña dando saltos de impaciencia con un vestido amarillo.

–¿Pero quién es esta niña tan bella? –preguntó, entrecerrando los párpados y tratando de agacharse.

–¡Soy yo! ¡Luz!

–¡Dios mío, Luz. Qué vestido tan bonito!

–¿Me puedo ver en su espejo, seño Gertrudis? –preguntó la niña con incontenible ansiedad.

–Claro hija, claro. Pasa –y se hizo a un lado, cuando la pequeña ya se había colado como una lagartija camino del enorme espejo de cuerpo entero de su armario, famoso en todo Tumaco y muy solicitado en bodas, bautizos y funerales.

Cuando la señora llegó a su habitación, allí estaba Luz mirándose y remirándose. De frente, de espaldas, de lado, de medio lado.

–¿Y quién te ha regalado este vestidito?

–Mi mami –repuso ufana, sin dejar de contemplarse–. Hoy es mi cumpleaños.

–¡No me digas! ¿Y cuántos años cumples?

–Siete –replicó levantando ambas manos y escondiendo tres deditos.

–Huy, ya eres una mujercita.

–¿Le gusta? –preguntó, hipnotizada por su reflejo- Tiene florecitas ¿vio? –y se señaló a sí misma.

La anciana asintió benévola.

–Sin duda alguna... es el vestido más hermoso que he visto en toda mi vida.

–¿A que sí? –respondió volteándose hacia la señora, y sin darle tiempo a contestar echó a correr de nuevo hacia su casa, dejando un “gracias seño Gertrudis” difuminándose en el aire tras una estela amarilla.

Recorrió los pocos metros que separaban ambas viviendas casi sin aliento, pensando solo en darle de nuevo las gracias a su mamá por el regalo más hermoso del mundo.

La sorpresa la tuvo cuando, cruzando la puerta, la encontró sentada en la única silla de la pequeña casa, con los codos en las rodillas y el rostro hundido entre las manos.

–¿Mami? ¿Estás bien?

Y al levantar ésta la cabeza, las lágrimas encharcadas en sus párpados reflejaron la límpida luz de la mañana que entraba por la puerta.

–Sí, mi amor. Estoy bien...

–¿Por qué lloras?

No contestó. Tan solo se secó los ojos con el dorso de la mano, y tomando a su hija se la puso en las rodillas.

–Luz –dijo con voz suave, acariciándole la cabeza–. ¿Recuerdas que te he hablado alguna vez de mi hermana María, la que vive en Barranquilla?

–¿Tía María?

–Esa misma. ¿no te gustaría ir de vacaciones a su casa un tiempito?

–¿Vacaciones? –preguntó la pequeña, sin acabar de entender demasiado el concepto.

–Sí, nos iremos de viaje. Pasado mañana.

–¿Pasado mañana? Pero...

–Iremos en bus –apuntó alzando las cejas.

–¡En bus! –exclamó emocionada. Nunca había subido en autobús, aunque alguna vez los había visto pasar repletos de personas que iban de aquí allá, fantaseando de lejos con que alguna vez ella también subiría en uno-. ¡Oh, mami! –y se lanzó en sus brazos incapaz de contener ella sola tanto gozo en su pecho.

Esta vez, no vio cómo las lágrimas se derramaban de nuevo por las mejillas de su madre.

Dos días más tarde, tal y como le había anunciado su mamá, guardaron sus pocas pertenencias en una bolsa de arpillera y subieron a un atestado autobús, camino a San Juan de

Pasto. El entusiasmo inicial de Luz había dejado paso a una tibia decepción, al descubrir que el interior de aquel vehículo estaba lejos de la difusa perspectiva que se había creado, y que engalanarse con su pantaloncito y su blusa verde con encajes, había sido un gesto tan exagerado como inadvertido.

Ambas iban de pie, estrujadas entre hombres y mujeres cargados con bultos, gallinas y bebés. El saco con sus ropas iba en el techo, supuestamente a cubierto de la lluvia que azotaba las ventanillas, mientras Luz apretaba contra su pecho una gastada maletita roja que meses atrás encontró olvidada a la orilla de un camino, y en la que guardaba sus más queridas pertenencias: un caballito de plástico de larga cabellera azul, un cuaderno usado en el que apenas quedaban pequeños espacios sin garabatear y, por supuesto, su vestido de florecitas amarillo.

Tardaron más de nueve horas, en recorrer los escasos trescientos kilómetros de caminos infames hasta alcanzar el asfalto, e iniciar el pronunciado ascenso que las llevaba a la brumosa y arisca ciudad de Pasto.

Llegaron ya entrada la noche, y un frío intransigente circulaba libremente entre las ventanillas que no se podían cerrar o que, simplemente, carecían de cristales. La terminal donde las dejó el autobús, a las afueras de la ciudad, era intrincada y oscura. Por primera vez Luz llegaba a un lugar como aquel, y no le gustó.

Trataron de hacerse con un boleto para esa misma noche que las llevara a Medellín, con la intención de ahorrarse así la noche en la terminal de autobuses, pero una taquillera hosca, que arrastraba las palabras y había decidido eliminar la letra erre de su vocabulario, estudió a madre e hija por un momento, y les informó que *ea peligoso viaja de noche, y el próximo autobús pa Medellín no salía hasta las seis y cuato del día siguiente*. A Luz y a su madre no les quedó otra que arrebujarse en una esquina poniéndose encima la escasa ropa que llevaban en la bolsa, y esperar a que el sereno de la sierra fuera piadoso con ellas.

A las siete de la mañana, Luz descubrió que era pobre.

Sentada en las faldas de su madre para no pagar asiento, en el autobús que esa escarchada mañana debía conducir las a Medellín, no podía dejar de mirar las mustias aunque sólidas casas de ladrillo y verja que almenaban la carretera, así como los relucientes automóviles con los que se cruzaban, y que poco tenían que ver con las humeantes tartanas que de tarde en tarde se dejaban caer por Tumaco. Incluso en la misma terminal, se hizo patente que no era lo mismo un *Autobús Ejecutivo Pullman*, de enormes ventanales y asientos acolchados, que aquella renqueante chiva que hedía a caldo de pollo y humanidad en salsa.

De cualquier modo, para Luz no dejaba de ser una aventura de las de nariz pegada a ventanilla, y vino a su memoria una frase que una vez le había leído Ignacio Matusalén, de un libro que cuidaba como a su dentadura, y que hablaba de un tiempo en que el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre y, para mencionarlas, había que señalarlas con el dedo. Del mismo modo, cada pocos instantes Luz clavaba su pequeño dedo moreno en el rayado cristal, llena de asombro y maravilla.

—¡Mami, mira! —gritaba entonces, zarandeando a la pobre Segunda, que había pasado la noche en vela con un ojo abierto—. ¿Qué es eso?

La aludida, somnolienta, apenas giraba la cabeza, y las veces que ella tampoco sabía, que no eran pocas, se inventaba una palabra y rebautizaba sin empacho un sidecar como motocoja o una avioneta fumigadora como llueveavión; y antes de llegar a Popayán, ya dormía tan profundamente que ni se enteró del momento en que se detuvieron en Cali, o cuando hubo que cambiar una rueda pinchada a la altura de Cartago. Luz, sin embargo, permaneció las quince horas de viaje descubriendo un nuevo mundo de hombres y mujeres de tez clara, densas nubes ensartadas por ásperas montañas erizadas de bosques, o ciudades interminables hormigueadas de carros, buses, y una miseria que desconocía, triste y desengañada, reflejada en las pupilas de los niños que subían a la chiva, vendiendo chicles y maníes con el alma a trocitos en bolsitas de a peso.

Y allí, en Medellín, tuvieron que pasar de nuevo la noche en una sucia esquina de la terminal, para el día siguiente tomar el último bus del agotador peregrinaje que debía llevarlas a Barranquilla.

CAPÍTULO 3

Barranquilla ya no sorprendió a Luz. No dejaba de ser una ciudad tan grande y desaliñada como Pasto, Cali o Medellín; aunque, sin embargo, a diferencia de aquellas, allí el sol imperaba entronado en un cielo índigo, las palmeras descollaban sobre los techos oxidados de las casas, e incluso para su costero regocijo, el mar Caribe se perfilaba en un horizonte esmeralda sembrado de velas blancas. Y en cierto modo, aún encontrándose en la otra punta del país, aquello la hizo sentirse menos lejos de Tumaco.

La casa de su tía, María Clementina Cuero, era una de tantas en un barrio de calles casi asfaltadas y farolas tuertas en los arrabales de la ciudad, pero a Luz se le antojó un lugar fabuloso en el que casi dudaba les permitieran permanecer a ella y a su madre de puro lujoso que le parecía.

Al doblar una esquina, Segunda Clementina se detuvo ante un portalón de hierro descascarillado y, tras comparar el número que aparecía pintado en la pared con el que llevaba escrito a lápiz en un trozo de papel, golpeó la puerta con los nudillos.

Pero nadie apareció al otro lado.

Insistió con más fuerza. Una. Dos veces. Hasta que finalmente, una niña mofletuda algo mayor que Luz asomó a la ventana enrejada del primer piso y les conminó a que se fueran, que allí no daban limosna.

–No somos mendigas –repuso la mujer, alzando la barbilla con orgullo–. ¿Es esta la casa de la señora María Clementina Cuero?

–Es mi mamá –confirmó la niña.

–Yo soy tu tía Segunda, y ella es tu prima Luz –aclaró, apuntando con la cabeza a su hija–. ¿Está tu madre en casa?

La niña en la ventana las estudió a ambas con patente escepticismo, dudando que su madre tuviera algo que ver con aquel par de astrosas campesinas.

–No –contestó finalmente–. Ha salido.

–¿Y sabes si tardará mucho en regresar?

–Quizá –replicó la niña con indolencia.

Segunda sacó el pie derecho de su sandalia y lo volvió a meter, en un gesto que repetía cuando pensaba o se contrariaba.

–Estamos muy cansadas- murmuró–. ¿Podemos esperar a tu mamá en la casa?

La chiquilla las ojeó desconfiada una última vez y desapareció de la ventana, sin molestarse siquiera en decir no.

María Clementina Cuero regresó cerca de las cinco de la tarde, y tuvo que mirar dos veces a su hermana para reconocerla en aquella mujer con harapos y ojos cansados sentada en la acera frente a su casa. Llegaba acompañada de su vecina Violeta Jaramillo Dueñas, con la que procuraba relacionarse todo lo posible por ser ésta tan blanca como la leche,

borrosamente esperanzada en que tal compañía diluyera su rotunda negritud a los ojos del mundo.

–¡María! –exclamó Segunda sonriente, poniéndose en pie al ver acercarse a su hermana, abriendo los brazos para ir a saludarla.

La hermana, con los ojos encendidos, le hizo el gesto de que se detuviera.

–Espere aquí –le dijo lo más fríamente que pudo, e introduciendo la llave en la cerradura entró en la casa precedida de su vecina, no sin antes destinarle a su hermana una mirada cargada de desdén.

El portazo resonó en toda la calle y Segunda se quedó así, abrazando el aire, con la pequeña Luz agarrada a su vestido.

–¿Mami, esa era la tía María? –preguntó intrigada.

Miró hacia abajo, y vio su propia incredulidad reflejada en los ojos de su hija.

–Sí, mi amor. Pero debe estar muy ocupada... –la excusó torpemente–. Enseguida verás que sale a recibirnos.

El enseguida se hizo atardecer y luego noche, y no fue hasta entonces que la mujer blanca salió de la casa, dedicando al marcharse un vistazo de curiosidad a esa mujer desarrapada, que junto a una niña pequeña seguían esperando en la calle. Aún tardó un buen rato en aparecer por la puerta la cabeza ratonil de María Clementina, inspeccionando a lado y lado de la calle antes de hacerle un gesto hosco a su hermana para que entrara en la vivienda.

–Tendrías que haber avisado antes de llegar –le espetó sin más preámbulos–. La gente educada llama antes de presentarse en casa ajena.

–Te avisé que llegaría esta semana y...

–No sé qué va a pensar ahora de mí doña Violeta... –murmuró meneando la cabeza, sin escuchar– y encima, hay que ver como vienes... –le reprochó frunciendo la nariz–. Hasta hueles mal.

–Llevamos tres días viajando, casi sin dormir, y aún no hemos podido bañarnos.

–Bueno –desdeñó la aclaración con la mano–, ya estás aquí. El mal ya está hecho.

La mujer ladraba más que hablar. A Segunda le costaba entrever en ella a la muchacha con la que había compartido techo y sueños diez años atrás, mientras Luz se escondía tras su falda, incapaz de creer que hubiera un parentesco real entre su dulce madre y aquella mujer avinagrada.

Seguidamente se adentraron en la casa, y Luz se creyó visitando un palacio de los que trataba de imaginar cuando el señor Matusalén explicaba cuentos al atardecer en la playa de Tumaco. Había en ésta una mesa enorme en medio de la sala, rodeada de ocho sillas a juego, y una recargada lámpara en el techo iluminando con tan desmesurado fulgor que no parecía que hubiera caído ya la noche. En cada una de las paredes, enmarcados en pomposos marcos, colgaban cuadros con escenas de lo más variopintas: desde una serie de escarpadas montañas, que no comprendía por qué el pintor había coloreado de blanco, a una extraña escena en la que unos hombres vestidos de rojo montados a caballo, parecían perseguir a unos perros, que a su vez perseguían a otro perro rojizo más pequeño, que supuso Luz, debía perseguir a otro perro aún más pequeño que ya no cabía en el cuadro. El reloj más grande que había visto en su vida también tenía hueco en aquella sala, con un dorado marco que sin duda –pensó– debía ser de oro macizo, y un incansable péndulo que la mantenía hipnotizada, mientras su madre y

su tía discutían en una esquina alzando cada vez más la voz. Aun así, apenas les prestaba una atención acaparada por la más extraordinaria casa que hubiera visitado jamás.

La niña que se había asomado a la ventana horas antes, bajó entonces por la escalera acompañada de otras dos, tan entradas en carnes como ella e igualmente disfrazadas con unos recargados vestidos, que apenas eran capaces de contener las precoces lorzas que Luz solo había visto antes en doña Eufrosia Menudillos, la vecina que una vez al mes arrastraba su voluminosa humanidad hasta Pasto para comprar unos trozos de carne de una textura, color y olor tan sospechosos, que lograba reafirmar ella sola la natural inclinación de los tumaqueños por las verduras y el pescado.

Como Boteros malcarados, las tres se colocaron frente a Luz con ceños y narices fruncidas, escrutando y oliendo a la menuda recién llegada con la calidez que proferirían a un perro sarnoso que se hubiera colado en la casa.

–¿Y tú quién eres? –preguntó la que parecía ligeramente mayor de las tres.

–Me llamo Luz Elia Miranda Clementina, para servirles –contestó con una graciosa reverencia.

–Nosotras somos María Gracia, María Divina –dijo señalando a sus hermanas– y yo, María Bendita. Ellas son mellizas –añadió, sin que aquellas llegaran a decir esta boca es mía– y tenemos muchas, muchísimas muñecas, ¿te gustaría verlas?

Luz miró a su madre, que aún discutía o, mejor dicho, parecía estar siendo reprendida por la tía María, y como tenía muy bien aprendido aquello de no interrumpir a los mayores cuando están hablando, asintió con la cabeza tímidamente a la invitación, intrigada por los prodigios de muñecas que debían poseer las moradoras de aquella casa de ensueño.

Emocionada, siguió a las hermanas escalera arriba mientras cuchicheaban, y se reían de algún chiste que ella no alcanzó a escuchar. En la segunda planta, un corto pasillo se bifurcaba en varias habitaciones a oscuras y cada una con su propia puerta, lo que a Luz se le antojó el colmo de la opulencia, pues en Tumaco nadie tenía más que simples cortinas separando las mínimas piezas.

–Mira –dijo entonces María Bendita al tiempo que, como un mago levantando el velo, accionaba el interruptor de la luz que iluminaba la habitación.

Luz Elia Miranda Clementina fue incapaz de articular palabra. Se había quedado, literalmente, con la boca abierta. Ordenadas una al lado de la otra en estanterías que ocupaban del techo al suelo del cuarto, decenas de muñecas formaban listas para revista, dejando solo un hueco cuadrado para la ventana que daba a la calle. Las había de todos los tamaños, colores y formas: desde humildes de trapo y trenzas de lana, a imitaciones tan perfectas, que parecían estar esperando que las bajaran del armario para regresar caminando a casa.

–¡Oh! –suspiró al cabo, extasiada, e instintivamente dio un paso hacia la que tenía más cerca, y extendió la mano para tocarla.

Un inesperado manotazo la sacó violentamente del hechizo.

–Mirar y no tocar se llama respetar... –reprendió burlona la autora del golpe, una de las mellizas. Y las tres hermanas se echaron a reír.

Luz quedó inmóvil, paralizada por el desconcierto con un amago de sollozo frunciéndole los labios.

–¡Luz! Baja un momento, cariño –se oyó entonces desde el piso de abajo.

La oportuna llamada de su madre la sacó del estupor, y aunque salió del cuarto con aire decidido apartando a una de las hermanas con el hombro, mientras bajaba por la escalera agarrándose a la barandilla con la mano derecha, con la izquierda se enjugó un par de lágrimas que tercamente insistían en asomarse.

–¿Sí, mami? –preguntó al llegar al salón, donde su madre la esperaba sentada en una silla, cansada, en tanto la tía velaba con gesto de desagrado.

–Luz, he estado hablando con tu tía María... –murmuró cabizbaja, dejando una pausa demasiado larga–. Y hemos decidido que vas a quedarte un tiempo con ella, aquí, en su casa.

La niña no alcanzó a decir nada, porque nada entendía en tal explicación. Tan solo miraba con los ojos muy abiertos, como si aquella frase se la hubiera dicho a alguna otra.

–¿Entiendes lo que te digo, Luz?

Ésta, tentada de mirar a su espalda para ver con quién hablaba su madre, continuaba sin comprender.

–Yo no me puedo quedar contigo, mi amor. He de regresar hoy mismo, pero tía María te cuidará como a sus hijas y me ha prometido que te llevará al colegio para que aprendas a leer, a escribir y a sumar.

–¿Mami...?

–Mi amor... –musitó sujetando la pena–. Te quiero mucho, ¿me oyes? Esto va a ser solo por un tiempito, hasta que las cosas se calmen en Tumaco.

–¿Te vas...?

Segunda Clementina Cuero mesaba los cabellos trenzados de su pequeña, sin voz ni fuerzas, para obligar a las palabras que no quería oírse decir, escurrirse entre los barrotes de su desolación.

–No puedo quedarme, amor mío. Pero te llamaré a diario –la angustiada voz llegaba trémula al oído de la pequeña–. Será solo un tiempito.

–Pero mami... yo quiero estar contigo –imploró la niña.

–Sí, mi amor, lo sé y te suplico me perdones... pero tengo que hacerlo, por tu bien. Algún día lo entenderás.

Y más por el tono que por las palabras que tan lejanas le sonaban, la pequeña Luz Elia Miranda Clementina Cuero alcanzó a intuir lo que le estaba pasando, y como un humo áspero el miedo le trepó por la garganta.

–No, mami... –sollozó ahogadamente, abrazando a su madre con el alma encharcada, aferrándose a la blusa con sus pequeñas manitas– no me dejes...

Segunda se arrodilló con el corazón hecho jirones, la besó en la frente, e incapaz de ponerle letras a aquel lacerante dolor que le nublabla la voz y las pupilas, tan solo alcanzó a dibujar un tembloroso corazón en el pecho de su hija con el índice, para luego llevarse el dedo a los labios.

–Pórtate bien –masculló forzando una sonrisa estéril–. Haz caso a tu tía, y estudia mucho.

Entonces se puso en pie trabajosamente, tomó su hatillo de yute, y apremiada por la impaciente mirada de su hermana salió por la puerta muriéndose por dentro, volviendo la

vista atrás un último instante para silabear en la penumbra un *te quiero*, que Luz no llegó a ver.

CAPÍTULO 4

La primera mañana de su nueva vida, comenzó con unos impacientes golpes en la puerta de la habitación y el desconcierto al descubrirse en un lugar que no era su casa. Parpadeó un par de veces, y frotándose los ojos se incorporó mirando a izquierda y derecha, buscando un rescoldo de claridad al que asirse.

–¡Luz! –dijo una voz arisca al otro lado.

–¿Sí, tía? –contestó en un respingo.

–¡Levántese ya, tiene mucho que hacer!

–Enseguida, tía.

Aunque la pieza donde la habían instalado era un diminuto cuartucho de techo inclinado bajo la escalera, Luz tardó su tiempo en dar con el interruptor que le reveló se encontraba rodeada de escobas, cubos y botellas de lejía. Abrió su maletita roja, arrinconada a los pies del colchón que le habían instalado en el suelo, y tomando un remendado vestido rosa con encajes que su madre le había dejado para la ocasión, se vistió rápidamente, emocionada para lo que iba a ser su primer día en la escuela. Sacó de la misma maleta su veteado cuaderno y un lápiz por estrenar, y con ellos bajo el brazo se dirigió a la sala, donde, para su sorpresa, no había nadie.

–¿Tía? –preguntó al aire, girando sobre sí misma.

–Ssshhh... Va a despertar a sus primas –apareció ésta desde la cocina, llevándose el índice a los labios–. Venga para acá.

Luz se paró ante el umbral con su lápiz, su cuaderno, y su vestido rosa.

–¡Venga pues mijita! ¿A qué espera? –la instó con un gesto–. Ayúdeme a preparar el desayuno de sus primas.

–Sí, tía.

Y dejando a un lado sus útiles escolares, se encomió en tortear una montaña de arepas, freír patacón con huevos estrellados, y preparar tres vasos de aguapanela con leche. Para cuando terminó, las tres Marías esperaban impacientes a la mesa, cubiertos en mano y servilletas colgando del cuello de los uniformes escolares de aire marinerero. Apenas acabó de servir la mesa a instancias de su tía, los platos quedaron tan vacíos como su propio estómago, y mientras sus primas se levantaban para cepillarse los dientes, a Luz se le ocurrió pensar que nadie había preparado desayuno para ella.

–Tía –preguntó, de pie ante la mesa–, y yo ¿qué como?

La aludida, que también había dado buena cuenta de su parte, levantó la vista casi se diría que molesta, y con un ademán abarcó toda la mesa.

–Primero recójalo todo, y luego junte el huevo que ellas dejaron y cómaselo con pan y café, ¿o es que va a resultar de pico fino?

–No, tía –contestó bajando la mirada, y se dispuso a recoger la mesa con tanta hambre como resignación, al constatar que allí no habían quedado sobras ni para el tentempié de un picaflor.

Cuando aún no había terminado su cometido, vio como sus primas tomaban libros y cuadernos y salían a la calle escoltadas por su madre. Así que sin dudarle un instante dejó lo que tenía entre manos, tomó sus exiguos útiles escolares, y las siguió. Al llegar Luz a la puerta, las cuatro se giraron a un tiempo, y con idéntica sincronización la miraron de arriba abajo y rompieron a reír groseramente.

–¿A dónde crees que vas, muchachita? –intervino la madre de las niñas sin disimulado desdén.

–A la escuela, tía –aclaró cándidamente, exhibiendo una ilusionada sonrisa–. A aprender a leer y escribir.

La tía María puso los brazos en jarra y miró al cielo, como preguntándose de que palo de guindos había caído esa niña.

–Lo que tiene que aprender es a recoger la mesa y lavar bien los platos, así que ya puede meterse en casa y empezar a trabajar.

Luz parpadeó un par de veces bajo el tibio sol de la mañana que le daba en la cara, como si aquel reflejo le estuviera jugando una mala pasada a su entendimiento.

–Pero... –protestó tímidamente– mi mami dijo que usted me llevaría al colegio.

–Niña –replicó la tía, malhumorada por estar discutiendo frente a su casa con una niña de siete años–. Lo que su madre le dijo fue que se portara bien y obedeciera, ¿no? Pues ya puede empezar a obedecer. Entre en casa y acabe lo que estaba haciendo, que ya encontraremos quehaceres para que no pierda el tiempo.

Dicho esto, la tía María agarró a Luz por el brazo y la metió de nuevo en la casa a empellones, atrancando su desdeñado anhelo con varias vueltas de llave a la cancela. Y la chiquilla de trencitas perladas y vestido rosa cielo, se quedó con las narices a un palmo del portalón de hierro, con su rallado cuaderno y el lápiz sin despuntar apretados contra el pecho.

Sola en medio del comedor, sentada en una de las sillas con los pies descalzos balanceándose, y aún con el vestido de salir puesto, Luz esperaba a su tía con la confusa expectativa de que el incidente de la mañana se hubiera debido a un desordenado arrebato de su tía. Por ello, tal y como le había ordenado, recogió la mesa, lavó los trastos, e incluso trapeó la cocina esperanzada en congraciarse con ella y poder así, la mañana siguiente, acompañar a sus primas al colegio donde cumpliría el deseo de su madre de aprender a leer y escribir.

Ya había pasado más de una hora desde que la dejaron allí, y cuando al fin se abrió la puerta de la calle, Luz se paró de un salto atusándose la ropa con la sonrisa puesta del deber cumplido. La tía entró a grandes zancadas en la sala, reparando en ella súbitamente al verla de pie junto a la mesa, como si hubiera olvidado que la había dejado allí.

–¿Ya hizo todo el oficio? –le espetó sin preámbulos.

–Toditico, tía.

Aquella se asomó a la cocina, regresó pasando un dedo por la superficie de la mesa, y sin dar la menor muestra de aprobación, tomó a la niña del brazo como se toman a los borrachos que se descubren con los bolsillos vacíos tras la última copa, y la arrastró al patio de atrás.

–¿Ve ese cesto de ropa? –dijo señalando un Everest de algodón y lino–. Pues lo quiero todo limpio y seco para esta tarde.

–Sí, tía.

–Y antes de eso –apuntó hacia una ventana del piso de arriba–, arregle las piezas y tiéndame las camas.

–Sí, tía.

–Ah, y no me llame tía. A partir de ahora, me dirá señora.

–Sí, tía.

La mujer se quedó con la reprimenda en los labios, pero estimó que ya tendría tiempo para convertirla en una aceptable sirvienta. Al fin y al cabo –pensó–, quizá no había sido tan malo el negocio.

–¿Tía?

Molesta porque la sacara de sus divagaciones, frunció el ceño al bajar la vista y contestar de malos modos.

–¿Qué? –gruñó.

–¿Iré mañana al colegio con mis primitas?

María Cuero se preguntó si aquella niña era tonta, o se lo hacía.

–Usted no va a ir al colegio –le espetó con desproporcionada crudeza–. A ver si nos vamos enterando. El colegio es solo para niñas educadas, a las que les puede servir en el futuro para encontrar buen marido, no para peladas muertas de hambre que ni conocen a su padre. ¿Está claro?

Luz, en sus escasos siete años de vida, nunca había oído hablar a alguien así; destilando bilis en cada palabra, y escupiendo diptongos, miasmas y rencores con la cara encendida de desafecto.

De hecho, ni siquiera acabó de entender la última parte de aquella perorata colérica, pero de lo que no le quedó ninguna duda, es que su tía no era una buena mujer, y que ella no iría jamás al colegio.

CAPÍTULO 5

Aquella primera semana fue sin duda la peor de su corta vida. Cada mañana se repetía la escena en que sus primas engullían el desayuno que ella había preparado, y luego las veía marchar sonrientes y burlonas camino de la escuela acompañadas de su madre. Luz siguió recogiendo la mesa, lavando la loza, haciendo las camas y restregando la ropa sucia subida en un taburete, sin hallar rastro alguno, entre tanto trapo percutido, de la devota felicidad que le suponía verlo hacer a su madre. Con el paso de los días, sus obligaciones se extendieron a los sancochos, al baño, y a los incesantes caprichos de sus orondas primas; que debía atender con rapidez y exactitud, a riesgo de berrinches malcriados y las consecuentes broncas de su tía, que terminaban siempre con un eco de risitas en el piso de arriba.

Vé, lavá bien la ropa. Vé, barré bien. Tu mamá me mandó decir que te diera duro. Tal era el monólogo diario de su tía para con ella, y al que solo tenía derecho a responder un sumiso *sí, señora*; que de tanto usarlo en cada rincón de la casa, se le acabó por perder la primera sílaba del título y ya nunca se volvió a encontrar.

En aquel hogar habitaba también un padre furtivo; una suerte de aparición sin voz ni voto, que al regresar de su trabajo como contable en el puerto se arrastraba silencioso todas las tardes hasta la habitación matrimonial, donde se encerraba con la televisión al máximo volumen, compartiendo así con media Barranquilla su gusto por las telenovelas de lágrima fácil y amores imposibles. Ningún vecino le hizo nunca un comentario al respecto, seguramente, conscientes de la diaria necesidad de evasión de la condena perpetua que sufría aquel hombre, por haber confundido a su esposa con el amor que luego hubo de exprimir en enrevesadas desventuras de cinco a siete. Humberto Cabrillo se llamaba, y Luz no guardó de su recuerdo más que unos ojos de perro abandonado, unos dedos tristes manchados de tinta azul de matasello, y una voz desganada que apenas se adivinaba cuando, algunas noches, Luz oía llorar a su tía en el piso de arriba, suplicándole unas caricias que al parecer nunca llegaban.

El primer domingo que pasó en aquella casa, Luz se dejó llevar por el entusiasmo general de los preparativos de un día de playa. Mientras la familia desayunaba arepas calientes con huevo, y ella permanecía de pie junto a la mesa como cada mañana, se atrevió a preguntar a su tía si podría acompañarles, y aquella afirmó que claro, que cómo no, pero siempre que acabara con su faena a tiempo. Ilusionada con la perspectiva de salir de la vivienda, cosa que no le habían permitido hacer desde el día que llegó, recogió, lavó y ordenó a velocidad de vértigo, y se plantó impaciente frente a la puerta, viéndose ya saltando entre las olas color turquesa del Caribe, cuyas aguas aseguraba Ignacio Matusalén, eran calientes como caldo y con sabor a sandía o melón maduro, según la hora en que uno se bañase.

La familia Cabrillo Cuero apareció entonces al completo, cargada de sombrillas multicolores, toallas baratas pintadas de flores, sillas plegables, y fiambreras como si pretendieran quedarse a vivir en la playa o atravesar algún desierto. Luz empezó a sacar las cosas de la casa, y a guardarlas en el maletero del Renault 12 blanco oscuro aparcado frente a

la puerta, mientras la madre y las tres marías se acomodaban en sus asientos. Finalmente, cuando Luz fue a ocupar su sitio comprobó que las rollizas hermanas rebosaban las plazas traseras, la tía María se empolvaba la nariz en la del acompañante, y el tío Humberto se colocaba frente al volante y ponía el auto en marcha.

–Tía, no queda sitio –advirtió alarmada junto a la ventanilla.

Ésta miró hacia atrás, constatando que entre sus hijas no pasaba ni el aire.

–Mala suerte –dijo encogiéndose de hombros–. Quizá la próxima vez.

–Pero yo soy flaquita –arguyó Luz, casi suplicando–. Si me hacen un huequito...

–No diga tonterías –replicó la matrona–. Entre en casa y no abra la puerta a nadie. Ah, y le tengo dicho que no me llame tía, y menos en la calle.

–Pero usted me dijo que...

–¡Vamos! –exclamó exasperada, señalando la casa con el índice–. ¡Métase dentro y no nos haga perder más el tiempo!

Y sin saber ni tener que decir Luz entró en la casa de nuevo, cerró la puerta metálica tras de sí, se derrumbó sobre el colchón del cuarto de escobas y abrazando su caballito de plástico azul, en silencio, llamó a su mamá.

Con el paso de los días primero, y luego de las semanas, Luz aprendió a resignarse a su nueva condición de sirvienta. Aprendió, también, que nada bueno podía esperar de aquella casa ni de ninguno de sus habitantes, y solo las escasas ocasiones en que su tía le ordenaba acompañarla al mercado, cuando había mucho que cargar, le permitían comprobar que el mundo seguía allí fuera y las sonrisas amables no se habían extinguido de la faz de la tierra. Incluso en una ocasión, la vecina Violeta Jaramillo en una de sus infrecuentes visitas, le guiñó un ojo cómplice tras ser testigo de uno de los desmanes verbales de su tía, secreteándole que, si algún día la necesitaba, estaba tres casas más allá, donde el portón verde. Lo que Luz no sabía, es que aquel rasgo de compasión no era espontáneo ni único, pues ya todo el barrio había oído de primera, segunda o tercera oreja, los improperios y exigencias constantes de su tía para con una niña de solo siete años que, para colmo, era sangre de su sangre. Así, las brasas de la antipatía de media ciudad, sin necesidad de azuzarlas mucho dicho sea de paso, se trocaron en abierta ojeriza, y María Cuero ya no pudo volver a caminar por la calle sin oír un cuchicheo constante de desaprobación a sus espaldas. Ello, sin embargo, no repercutió en ningún cambio remordido por parte de su tía, más bien al contrario. Intuyendo que su recién estrenada condición de paria social se debía de algún modo a la presencia de su sobrina, redobló su animadversión hacia ella, y no pasaba día sin que la amenazara con golpizas o con abandonarla en la calle como a un perro.

Mientras todo esto sucedía, Luz se preguntaba cada minuto de cada hora de cada día, dónde estaba su madre, y por qué no la llamaba o le escribía como había prometido. El amor definitivo que le profesaba no fue nunca puesto en duda, así que solo le quedaba pensar que le había sucedido algo malo; lo cual era totalmente descartable, pues cada vez que la veía en sueños gozaba de buena salud, así que solo restaba que, por alguna causa inconcebible, no lograba ponerse en contacto con ella. Durante el primer mes, preguntó cada día a su tía si tenía noticias de su mamá y siempre recibió la misma respuesta cruel: que se olvidara que tenía madre, y que si no la llamaba o le escribía, era porque ya no la quería.

Fue por entonces, que casualmente oyó sonar el teléfono mientras estaba limpiando el suelo arrodillada bajo la mesa del comedor, oculta a la vista.

–¿Aló? –preguntó la tía al descolgar el teléfono.

–...

–Ah. Hola, Segunda. ¿Qué quieres?

–...

–¿Hablar con Luz? Pues no, ahora no está en casa. Está en la escuela.

–...

–Sí, ya sé que nunca está en casa cuando llamas, pero es que también la hemos apuntado a clases de ortografía y costura, así que...

–¡Mami! –gritó entonces Luz saliendo de debajo de la mesa, abalanzándose sobre el aparato.

La tía, sobresaltada, le dio tal tirón al teléfono que arrancó el cable.

–¡¿Qué hace ahí escondida?! –incurrió a la niña.

–¡Mi mami! –insistió Luz, alzando las manos hacia el auricular.

–¡Qué mami ni que ocho cuartos! –replicó con los ojos rojos de ira–. ¡Y encima me ha hecho romper el teléfono! Le aseguro que lo va a pagar con sudor, y con sangre si es necesario.

–¡Era mi mami!

–¡Ya le he dicho que no! –gritó la tía, pegando su cara a la de Luz–. Su mamá nunca la ha llamado y no quiere saber nada de usted. Ahora está en mi casa y aquí mando yo, así que ya puede ir sabiendo que su mamá no existe. ¿Comprende?

Luz asintió asustada, pero ni por un momento dio crédito a tales palabras; de modo que, decidida a puentear por su cuenta aquel abismo de silencios impuesto por los mezquinos intereses de su tía, sin saber leer ni escribir, decidió mandar una carta a su madre.

Comenzó por rebuscar en los cuartos de sus primas cuando la dejaban sola, hasta hacerse con unos ajados cuadernos de escritura y con un gastado lapicero azul que nadie echó en falta. Repasando mentalmente las escasas lecciones del anciano Matusalén sobre gramática y fonética, y apuntalándose con aquellos cuadernos olvidados, letra a letra, comenzó ella sola a aprender a leer, como paso previo a aprender a escribir, con el fin único y anhelante de poder redactar esa carta de su propio puño y letra, y poder decirle a su madre cuánto la quería y echaba de menos, y que, por favor, viniera pronto por ella.

Con la llegada de las lluvias, las semanas se empujaron unas a otras sin nombrarse hasta que alguien dijo que era Navidad. Al salir la tarde siguiente a barrer delante del portón, que era lo más que podía alejarse de la casa, una anunciadora estrella de Belén destelló frente a ella de improviso, suspendida en el aire en medio de la calle derrochando divinidad y dejando a Luz tan boquiabierta, que una golondrina perdida creyó encontrar allí su nido. Cuando por fin se sobrepuso y consiguió juntar los labios, Luz llamó a su tía a gritos para que fuera testigo de aquella prodigiosa aparición celestial. Ésta asomó por la puerta, alzó la vista al cielo, y tras mirar a lado y lado de la calle le propinó un sonoro coscorrón a su sobrina.

–¡Serás boba! –le espetó irritada, con el corazón en la boca por la carrera–. ¡Son los bombillos de Navidad!

La familia Cabrillo Cuero resultó de una religiosidad confundida, pues hermanaron en convencida solemnidad a pastorcillos de plástico camino del portal de corcho, con la figurita de un rollizo Buda en nirvana, ocupando un pesebre que no era el suyo; todo ello a la sombra de un abochornado abeto artificial, cargado de bolas hasta el suelo. El año anterior, al Jesús original le habían dado el pasaporte al parecerle a doña María con aspecto de mal alimentado, y no pudiendo permitir que en su casa pareciera que le faltara la comida ni que fuera a los muñecos, lo había sustituido por aquella estatuilla feliz con su sobrepeso, que había encontrado en el bazar de unos chinos de la calle Bolívar. Para Luz, aquellas fiestas solo significaron más tiempo cocinando, limpiando, y rezando por fuerza al dios de los obesos, junto al resto de la familia, por la salud y beneficio de los Cabrillo Cuero.

El día de Reyes, al ser la primera en despertar, camino de la cocina cruzó la sala y tuvo que restregarse los ojos media docena de veces en la penumbra, para convencerse de que la pila de cajas envueltas en papel de fantasía amontonadas junto al árbol, no eran una alucinación. El cómo habían llegado hasta allí era un misterio, así como su propósito. Luz no relacionaba la Navidad con los regalos, pues allá en Tumaco nadie podía permitírselos, ni había qué comprar, aunque hubieran podido, de modo que se quedó mirándolos con cautela al principio, luego se agachó para ver más de cerca aquellos paquetes primorosamente envueltos y lazados y, finalmente, la curiosidad le pudo y comenzó a sopesarlos y sacudirlos, tratando de desvelar sus secretos por el ruido que hacían al golpearse. A la postre, lo único que logró fue despertar a las tres hermanas, que la atropellaron haciéndola a un lado entre gritos de histeria al descubrir los paquetes, descuartizando los delicados embalajes ante la atónita incredulidad de Luz, que sin entender aún el fin de todo aquello, solo veía como aquellas niñas en camisola se ensañaban primero con los envoltorios, y luego se disputaban ferozmente unas muñecas que amenazaban con desmembrar, estirando cada una de una extremidad diferente. La matriarca hizo entonces su aparición de bata y cabellera hirsuta, poniendo orden a puro grito y repartiendo los presentes entre sus hijas. Por supuesto, Luz quedó al margen de aquella repartición, pero cuando horas más tarde regresó a su cubículo bajo la escalera, sacó su caballo de largas crines azules de la maleta roja, y lo peinó con la devoción y el cariño que la remitía al cumpleaños en que su madre se lo obsequió, gastándose feliz los ahorros de medio año. En el piso de arriba, las primas aún luchaban por los despojos de sus regalos. Ella, sin embargo, sonreía tras los párpados cerrados evocando a su mamá.

CAPÍTULO 6

La llegada del nuevo año trajo consigo la aparición de un personaje que, para mal y, a la postre para bien, resultaría decisivo en la vida de Luz. Era un hermano putativo de su tío, un hombre de casi treinta años que, sin oficio ni beneficio, había llegado a casa de los Cabrillo Cuero a pasar una temporada lejos de unos deudores impacientes de Medellín. Justiniano Cabrillo era su nombre, y su secreta afición, las niñas pequeñas.

Ajena al peligro que ello suponía, Luz se mostraba tan alegre como le era posible en el hosco seno de aquella casa, e incluso prodigaba incautas sonrisas de agradecimiento al tío bastardo, cada vez que éste le traía de la calle un dulce o una moñita para el pelo. El trato recibido hasta entonces de la familia había oscilado entre la hostilidad y, en el mejor de los casos, la indiferencia, así que aquel hombre de rostro huidizo que la seguía con la mirada allá donde fuera, se le antojó una excepción entre aquella parentela agria, y le brindó toda la simpatía que le sobraba del resto del día. Hasta que un día pasó lo que tenía que pasar.

A la semana siguiente de la llegada de Justiniano, la familia en pleno se marchó a pasar el domingo visitando a unos familiares de Santa Marta que les debían dinero, y entonces Justiniano se ofreció desinteresadamente para quedarse en casa con Luz, para que no se sintiera sola, dijo. El hermanastro y su esposa, se limitaron a encogerse de hombros sin buscarle tres pies al gato, así que subieron al coche con su progenie y pusieron rumbo al Este, seguidos por una nube de polvo.

Luz lamentó en parte no quedarse sola, pues con su medio tío presente no podría entregarse a repasar en su cuaderno, los elegantes rizos de las efes ni los rabitos de las oes, tal como le gustaba hacer cada vez que la dejaban al cuidado de la casa. Sin embargo, se consoló pensando que al menos tendría compañía aquel domingo, y que ya practicaría el siguiente.

Tras tender las camas y barrer la casa, se dispuso a preparar un sudado de pollo para el almuerzo de Justiniano, y justo estaba tratando de recordar parada frente a los fogones, dónde estaba guardada la olla pequeña, que sintió unos ojos clavándose en su espalda y se volteó alarmada.

Y allí estaba él. Apoyado en el quicio de la puerta. Exhibiendo una sonrisa idiota.

Luz se quedó inmóvil, escuchando sin saberlo una campana en su cabeza repiqueteando que algo no estaba bien en la mirada de aquel hombre.

—¿Sí, tío? —preguntó inquieta.

—Nada —repuso él sin quitarle ojo, con su voz de lagarto.

La pequeña parpadeó un par de veces, confusa, y terminó por seguir con lo que estaba haciendo. Fue entonces que él se acercó sigilosamente, y agachándose a su espalda le pasó las manos por los hombros. Luz se sobresaltó y de un salto se apartó de aquel hombre, que repentinamente encontró muy amenazador.

—Ven, Luz. No tengas miedo.

—No me gusta que me toque —replicó con el ceño fruncido.

—¿Ya no me quieres? —preguntó relamido.

–Yo solo quiero a mi mami.

–Pero te compro dulces... –murmuró, estirando el brazo hacia ella–. Y si te estás quietita, mañana te compraré un pastel entero.

–¡No! –gritó Luz, zafándose.

–Pero escucha... –insistió.

–¡Déjeme! –gritó de nuevo, ahora sí realmente asustada.

Y dándole la espalda corrió hasta su pieza, donde atrancó la puerta con un palo de escoba. Al otro lado podía oír el arrastrar de pies y la respiración entrecortada de animal acechante de Justiniano, y no salió hasta que, ya entrada la noche, muerta de hambre y miedo, oyó como se abría la puerta de la calle.

–¡Tía! ¡Tía! –exclamó lanzándose a las faldas de doña María, cuando apenas había cruzado la puerta.

Ésta escuchó las indefinidas acusaciones de la niña con aire ausente, y a mitad del relato, interrumpió para recriminarle no haber hecho el almuerzo y haber perdido el día haraganeando en su cuarto.

Luz comprendió entonces que ninguna defensa o descanso iba a encontrar con la familia Cabrillo Cuero, así que con sus siete años, tres meses y cinco días recién cumplidos, supo que debía escaparse de aquella casa y regresar con su mamá.

El primer paso de su borroso plan consistía en redactar a escondidas una carta para su madre anticipándole su inminente huida, valiéndose de sus limitadas nociones de escritura y sin que su tía llegara a descubrirla. Así que, haciéndose con media cuartilla de papel, durante dos noches enteras, con lapicero azul, se entregó a juntar con esmero las letras que se convertirían en descosidas palabras de amor, y el anuncio de su deseo de fugarse y regresar a su añorado Tumaco. Pero un obstáculo inesperado surgió, cuando escribió el nombre de su madre en el sobre y se la quiso entregar tal que así a Noriberta Mengüales, una niña pecosa y de gruesas gafas de culo de vaso, con la que había trabado simpatías mientras barría la puerta de la casa, y aquella jugaba a la comba con sus amigas de la calle.

–No tiene dirección –le dijo la niña abanicando el sobre, tras mirarlo vuelta y vuelta.

–¿Dirección? –inquirió Luz, confusa.

–¡Claro! –repuso sonriendo con infantil suficiencia–. Aquí solo está escrito el nombre de tu madre. Tienes que indicar dónde vive, para que el cartero la pueda encontrar.

–En Tumaco –apuntó Luz levantando las cejas.

–¿Y dónde está el Tumaco ese? Tienes que indicar la provincia, y además, la calle y el número de tu casa.

La pequeña se sintió desolada.

–Pero... yo no sé esas cosas.

–Entonces tendrás que averiguarlas –aseveró la niña de ojos de búho, devolviéndole el sobre–. Si no, nunca le llegará a tu mamá.

Luz tomó de nuevo el sobre y se quedó mirando la desigual caligrafía del nombre de su madre, como si entre aquellas esforzadas letras se encontrara la respuesta a sus dudas.

–Ah, y además –apuntilló Noriberta–, tienes que comprar estampillas de correos. Si no, la carta no la mandan.

–Pero no tengo plata. Mi tía no me da nada.

Entonces, Noriberta escarbó en los bolsillos de su falda, sacó unas monedas de cien pesos y alargó la mano.

–Toma. Es poquito, pero para algo te alcanzará.

Luz dejó en el suelo la escoba que casi siempre la acompañaba como una escuálida sombra de pelo de cepillo, tomó las monedas y abrazó a la niña, desproporcionadamente feliz por haber encontrado una mano amiga.

De regreso a su pequeño cuarto bajo la escalera, cuando ya todos en la casa se habían acostado y su interminable trabajo estaba cumplido hasta el día siguiente, Luz se encontró de nuevo mirando el torcido techo de la asfixiante habitación, esforzándose por no mojar la almohada de desahuciada esperanza. El impensado pero insalvable obstáculo que le había revelado Noriberta, parecía la burla cruel de un destino que no deseaba verla reunida con su madre por mucho que rogase por ello. Pero como pretendiendo corregir sus excesos, ese mismo destino la hizo ser testigo al día siguiente de una cotidiana recriminación de la tía María a su apático esposo, en la que aludía al estupendo trabajo que tenía un vecino que trabajaba en Avianca, presuntamente mejor pagado y mucho mejor visto por el vecindario. Luz recogía los platos de la cena que no había catado aparentando indiferencia, pero a esas alturas ya sabía que Avianca era una línea aérea, y que ese vecino tan envidiado debía ser por lo menos piloto. De modo que, si se lo pedía con educación –elucubró Luz, tan emocionada que casi se le cae la pila de platos al suelo-, ese hombre podría ir con su brillante avión plateado a Tumaco, buscar a su madre y entregarle la carta personalmente. Y sus grandes ojos negros destellaron de júbilo, totalmente convencida de que sus problemas estaban resueltos.

CAPÍTULO 7

De boca de su pequeña amiga de gafas enormes, Luz averiguó que el señor de Avianca se llamaba Miguel y vivía en la casa de la esquina, a tres o cuatro puertas de la suya. Así que la siguiente tarde que su tía la mandó a barrer la entrada, escondió la carta bajo la blusa y salió a la calle, conteniéndose para no dar saltos de alegría.

Junto a la puerta, asegurándose que ninguna de sus primas estuviera asomada a la ventana, miró a lado y lado de la calle, comprobó que su tía no la estuviera vigilando y, dejando la escoba cuidadosamente apoyada en la pared, salió corriendo calle abajo moviendo sus cortas piernas todo lo rápido que le fue posible.

Al llegar a la casa de la esquina se detuvo, resoplando y con el corazón en un puño por miedo a ser descubierta. Entonces llamó a la puerta y una voz grave preguntó al otro lado.

–Buenas tardes, señor Miguel –respondió–. Me llamo Luz Elia Miranda Clementina, y necesito pedirle un favor.

Desconcertado por la inusual presentación, y sobre todo por el tono agudo de la misma, el señor Miguel de Sepúlveda y Peña abrió la puerta de su casa para encontrarse frente a una niña de la edad de su nieta, con trencitas cayendo a los lados de la cabeza, y mirándolo tímidamente con un arrugado sobre ribeteado entre las manos, como si él fuera un paje de los Reyes Magos y aquella la carta de los regalos.

–Dime, hija –dijo agachándose frente a ella, con una afable sonrisa en los labios–. ¿Qué favor necesitas?

Cinco minutos más tarde, Luz regresaba a la casa henchida de felicidad. El señor de Avianca había confesado que no era piloto ni nada parecido, pero al descubrir la decepción en los ojos de Luz y escuchar su triste historia, le explicó que conocía a otros que sí lo eran y, aunque el pueblecito de Tumaco no era un destino de la línea aérea donde trabajaba, se comprometió solemnemente a hacer llegar la carta a buen fin por cualquier medio, haciendo uso de sus innumerables contactos.

Un mes más tarde, la carta de Luz llegó a manos de su madre tras viajar con dos líneas aéreas, tres taxis, cuatro autobuses, y un afilador de cuchillos ambulante. Y aunque Luz no pudo comprobar si la misiva había llegado a su destino, no le hizo falta. En el mismo instante que su madre rasgaba el sobre y le pedía a la señora Gertrudis que se la leyera, Luz sorprendió a un rayo de alegría atravesando su pecho, y supo que Miguel de Sepúlveda y Peña había cumplido su palabra.

Pero antes de que nada de eso sucediera, transcurrió una nueva semana de burlas permanentes de sus primas, telenovelas que hacían temblar las paredes, miradas lujuriosas de Justiniano, y sistemáticas recriminaciones sin cuento de su tía.

Ésta logró una tarde romper el círculo de vacío que se había formado a su alrededor invitando a Violeta Jaramillo Dueñas a tomar un desubicado té con pastas, tal y como había visto hacer en las películas a las aristócratas de postín. Incluso compró un juego de tazas a tal efecto, que sería la primera y última vez que lo usara tras descubrir esa misma tarde que no le gustaba el té en absoluto, y que los bollitos de yuca no armonizaban demasiado con la infusión.

María Cuero le compró a Luz una cofia y un delantal, empeñada en hacer de ella una auténtica muchacha de servicio; y así la presentó ante su vecina, cuando se sentaron a la mesa del salón y la pequeña apareció haciendo equilibrios con una bandeja de chapa de ley, delantal blanco dándole tres vueltas a la cintura, y desproporcionada cofia ribeteada que, más que una sirvienta, la hacía parecer una extravagante imitadora de Napoleón.

Violeta Jaramillo descubrió, además, cómo el hermano de su vecina, retrepado en el sofá simulando ver la televisión, no le quitaba el ojo de encima a la pequeña Luz cada vez que ésta pasaba por delante en sus idas y venidas de almojobanas y teteras hirviendo, acechándola con aire de lobo hambriento. No pudo reprimir la señora una profunda compasión por la niña y, excusándose por tener que ir al baño, la siguió hasta la cocina donde le preguntó al oído cómo la trataba su tía, y si el tal Justiniano la había llegado a molestar. Luz, sorprendida de que alguien ajeno estuviera al corriente de aquello, no supo que contestar, pero la mirada desabrigada que devolvió a la señora fue más clara y franca que cualquier explicación.

–Si algún día quieres irte de esta casa... –susurró entonces la señora– llama a mi puerta, y te ayudaré.

Desconcertada por la inesperada mano tendida, Luz solo fue capaz de articular un inaudible “gracias”, pero comprendió en el transcurso de la horas, que aquella buena mujer podía ser su oportunidad para alejarse de los Cabrillo Cuero y regresar a la anhelada Tumaco, con su mamá.

Así, llegó un nuevo viernes, y a media tarde la tía la reclamó con una insidiosa campanita que se había comprado, como también había visto hacer en las películas.

–¿Ñora? –preguntó Luz al llegar donde la llamaban, ya sin la cofia de almirante, pero aún envuelta en aquel delantal interminable.

–Nos vamos el sábado por la mañana a Cartagena, a ver la pelea de Pambelé. Usted se quedará en casa con mi hermano –y levantando el índice, añadió amenazadora–. Y ay de usted, si no le atiende como es debido. Ni se le ocurra volver a hacer como la otra vez. ¿Entendido?

–Sí, ñora... –contestó con un nudo en la garganta.

Luz desvió la mirada hacia el sofá, donde como siempre se encontraba tumbado Justiniano. Y allí estaba él, escuchando atentamente, esbozando una sonrisa de hiena.

Esa noche, Luz no consiguió emplazar al sueño para que llegara a rescatarla de sus pesadillas y se la pasó pegada a la pared, chupándose el dedo pulgar, como no había hecho desde muchos años atrás.

Al despuntar el alba, con los primeros rayos de luz escurriéndose por el respiradero de la puerta, se puso en pie y, abriendo su pequeña maleta roja, introdujo en ella las tres mismas piezas de ropa con las que había llegado cuatro meses atrás, el cuaderno con sus primeras y titubeantes palabras escritas, y el lapicero azul con ya poca tinta en su ánimo.

Simulando una falsa cotidianeidad, preparó el desayuno de la familia como cada día, les preparó la ropa para el fin de semana, lavó los platos, hizo las camas, y despidió a la familia en la puerta, sintiendo un par de ojos pegados a su espalda.

–¡Ahí le dejó un cesto con ropa sucia! ¡Lo quiero todo limpio y seco para cuando regrese!

Esas fueron las últimas palabras que oyó Luz de boca de su tía, asomando su cabeza de cuervo por la ventanilla cuando ya el coche estaba en marcha.

Por la fuerza de la costumbre, la pequeña se dirigió maquinalmente al lavadero y puso a llenar la pila de agua mientras iba introduciendo ropa en ella.

–¿Qué es lo que haces? –preguntó entonces una voz taimada, que la hizo estremecerse.

Y sin volverse supo que allí estaba Justiniano, balanceándose sobre sus talones con las manos entrelazadas.

–Déjeme, que tengo que lavar bien esta ropa –contestó.

–Está bien –asintió, ronco de ansiedad–. Pero cuando termines...

Luz no era capaz de concebir las oscuras elucubraciones de aquel hombre, pero ya intuía que nada bueno tenía en la cabeza. Por ello, cuando una hora después ya había terminado de lavar todo el cesto, decidió ir a por más ropa a los armarios para prolongar la tarea todo lo posible, y así, en la pila de cemento del patio acabaron tras varios viajes; los uniformes del colegio de las tres Marías con todos sus vestidos de domingo; los trajes, camisas y corbatas del tío Humberto; y la práctica totalidad del ropero de su tía, incluyendo vestidos de fiesta, abrigos y rebozos. Como si en aquel patio trasero hubiera naufragado un sastre, decenas de piezas de ropa se amontonaron empapadas en una isla multicolor más alta que la propia Luz, y que le produjo al contemplarla una extraña satisfacción y una pícaro sonrisa de medio lado.

Exactamente a las doce del mediodía de aquel sábado, mientras el carillón retumbaba la casa con sus doce aldabonazos, Luz decidió que era el momento.

–¿A dónde vas? –le preguntó Justiniano al verla pasar camino de la puerta, con una bolsa negra en la mano.

–Pues a tirar la basura –replicó señalando la bolsa–. Pa dónde más...

El hombre, sin levantarse del sofá, la instó a que se diera prisa.

Luz abrió la puerta de la calle, y sin llegar a cerrarla tras de sí, rompió la bolsa de plástico sacando de ella su maletita roja y empezó a correr calle abajo, con el corazón en la boca por miedo a que su medio tío la descubriera, pero sin mirar atrás. Indescriptiblemente feliz al darse cuenta que cada paso que daba en su alocada carrera la alejaba más de su miserable tía, su familia, sus cestones de ropa sucia y sus inacabables amenazas.

FIN DEL FRAGMENTO GRATUÍTO

¿Quieres seguir leyendo? Encuentra la novela completa en:

[Amazon.es](https://www.amazon.es)

[Amazon.com](https://www.amazon.com)

[La casa del libro](#)

[El Corte Ingles](#)

[Barnes & Noble](#)

www.gamboaescritor.com